

CAPÍTULO IX

Iglesia angloamericana (también anticobrizo) y doctrina Monroe

§AN §MITH TRAS LOS PASOS DE VICENTE VALVERDE

El llamado “sueño americano”, vale decir la inspiración de hegemonía terrenal capitalista desplegada sobre el genocidio cobrizo del Far West, debía tener su respectivo planteamiento religioso que fundamentase el eslogan “Dios bendiga a los EE. UU.” y que, asimismo, en su proyección imperialista (doctrina Monroe) erosionase las bases hispano-católicas de las republiquetas del sur del río Grande. Surgiría así —como parte de aquel imperialismo— el respectivo “libre mercado eclesiástico”, generador de una serie de “iglesias gringas” entre las que destacaría la Iglesia mormona en la falsificación de la historia originaria de Abya Yala, a fin de santificar el (supuesto) “destino manifiesto” de dominación yanqui.

No solo la cruz y la espada fueron cómplices en el proceso de “destrucción de las Indias”, también lo fue el oro. No debe extrañar, por consiguiente, que la Iglesia católica ejerciera algo más que un domesticador “rol espiritual” para la imposición del *modus operandi* globocolonial del quincuacenario “libresaqueo” (pro-blanco) en Abya Yala, continente al cual el geógrafo italiano Américo Vesputio bautizó con su nombre. Recuérdese que la socia capitalista de la expedición naval de Colón fue Isabel “la Católica” y que, asimismo, en la invasión al Tawantinsuyo lo fue el obispo Luque, para así tener noción del monetarizado calibre eclesiástico, indefectiblemente, de “opción por los ricos” (invasores europeos y sus proles criollas) en aquel choque de civilizaciones.

Sin embargo, es a partir de la segunda mitad del siglo XX que (in)surgiría del seno de esa Iglesia "colombina" —impactada por el triunfo socialista en Cuba— una corriente de "opción por los pobres" (población "de color" no blanca: cholos, indios, zambos y negros..., etnoclases dominadas) que, superando las lamentaciones "indigenistas" de un Bartolomé de las Casas, que tutelaba indios mientras esclavizaba negros, llegaría con el cura colombiano Camilo Torres a su máxima ejecutividad guerrillera, y con el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez, a su máxima expresión ideológica, vía la Teología de la Liberación, la cual tendría como precursores al aguerrido obispo de Recife, Helder Câmara (que se enfrentó al pentagonizado generalato brasileño) y al monseñor Romero (asesinado en El Salvador por una dictadura ultracatólica que superó en ferocidad a los "cruzados" Pinochet y Videla).

Sería contra esta "hereje tendencia" eclesiástico-revolucionaria, agravada con la ejecutoria sandinista del sacerdote Ernesto Cardenal (naturalmente, excomulgado por el Vaticano romano), que el Departamento de Estado norteamericano reaccionaría exportándonos una serie de congregaciones que hicieran "libre competencia" a una devaluada Iglesia criolla, cuyo reciente resquebrajamiento y escisión herético-clasista, desde el momento que fracturaba el monopolio domesticador del "mercado de almas", tendía a desestabilizar los intereses económicos de las transnacionales gringas. Se establecerían entonces, acá, y a partir de 1960, una diversidad de iglesias yanquis con los alias de "presbiterianas", "evangelistas", "adventistas", "testigos de Jehová" (mormones), "metodistas", "niños de Dios",

el choque de civilizaciones por la selección natural y cultural de la especie. De ser esta la perspectiva, habría que concluir que globalización, o más exactamente globocolonización, implica occidentalización... Por ende, "cretinización cristiánica", destructora de humanidad y planeta. Ha de recordarse que, si el Renacimiento tuvo como falacia filosófica el llamado "humanismo", fue porque este se exclusivizó para la etnicidad euroblanca, restringiéndose para el resto de razas; vale decir —en el caso de Abya Yala— que tal *humanismo cristiánico de apartheid* ineludiblemente implicaría la "destrucción de las Indias". Ambas fueron las caras de una moneda eurocéntricamente denominada Edad Moderna.

Derivado de tal enfoque "de choque" por la selección natural/cultural de la especie, y en tanto esta no se unificó vía mestizaje global antes que vía genocidio, pues se plantea la necesidad colectiva (nacionalista), si de veras propugnamos el renacimiento/salvataje de nuestra cultura originaria, de sentar las bases religiosas de tal ideal, rescatando el potencial revolucionario del cristianismo primigenio y a la vez destilándole la opción etnoclasista por los pobres, concordante —en nuestro caso— con el carácter "huacchakúyac" (amador de pobres) del ancestral rol pachakamista, en cuanto sincrético eje religioso del proyecto geopolítico neotawantinsuyano, santificador de la fe revolucionaria en el proceso de autoliberación de la humanidad de estirpe cobriza. Proceso que, en tanto contemple la conversión del buen salvaje en buen revolucionario, *ipso facto* armonizará estupendamente con el principal "considerando" de la Teología de la Liberación necesariamente etnificada, tal y conforme lo plantea el mismí-

simo Gustavo Gutiérrez:

“Desde el punto de vista de la reflexión teológica, el desafío que se plantea en América Latina es el cómo encontrar un lenguaje sobre Dios que nazca desde la situación y sufrimiento generados por la pobreza injusta en que viven las grandes mayorías: RAZAS DESPRECIADAS, clases sociales explotadas, culturas marginadas, mujeres discriminadas... Pero que sea al mismo tiempo un discurso alimentado por la esperanza que levanta a un pueblo en su lucha por su liberación”.

Recuérdese que “más allá del bien y del mal” la religión ha servido históricamente como dínamo reivindicador, liberador y afianzador de nacionalidades, como también de expansor imperial de culturas. El formidable etnocentrismo hebreo (que con cada diáspora se ha robustecido aún más) y la siempre enérgica yihad islámica (desde la Hégira de Mahoma, hasta las resistencias iraquí, palestinas, iraní y afgana de hoy, incluido el 11-SET) serían inexplicables sin su respectivo fervor y cohesión religiosa. Ni hablar de las Cruzadas eurocristiánicas; de las guerras campesinas en la Alemania medieval; o del fundamentalismo de las iglesias anglo-norteamericanas (tan identificadas con el Ku Klux Klan, el imperialísimo Partido Republicano y el Tea Party).

Todo este revistamiento nos permite visualizar que, en nuestro ideal refundacionista etnonacional, juega providencialmente a favor la decadencia moral de Occidente (muy bien descrita por H. Spengler) generada desde la depravación de la sede vaticana... Y es que, independientemente de la resistencia cultural ante la